

amplios anaqueles alumbrados por lámpara rojiza que ponía una estrella en el cielo raso y un sol enorme y asimétrico en la suave alfombra, caía en sólitos pensamientos; en ti, reina, virgen y amada mía. Mi corazón, mustia hoja en solitaria encrucijada, sintió atracciones de brisas de placer, cuya fuerza nulificaron ventales de indiferencia, y que al fin siguió la ola de un aire de amor. Tu porte orgulloso, desdenes y repullos naturales, fueron misterio, que por misterio me atrajo. ¡Y qué velar el mío! Te miraba inaccesible, como cima que detalla lejanos paisajes; alta y serena, como para ceñir corona de nubes! De mi ensueño, á la renuncia y posesión, llegaba por desalientos y entusiasmos insólitos. En mañanas estivales, abandonando el brillante carruaje, discurrías bajo frondajes cípricos, viendo los árboles que sacudían sus ramas y soltaban en tu homenaje amarillentas hojas que se prendían á tu corpiño, arañaban tu corbata trémula é iban á morir bajo tus zapatillas diminutas. De regreso á la ciudad te seguía mi pensamiento celoso. En constante balbuencia —pronunciando tu nombre,— diáfanos semilunios me oyeron. Te conocía, como el tic-tac de mi reloj, y para mí era dulcísimo entretenimiento remover tu espíritu como líquido en un vaso, para ver la calma del fondo reclamar los errantes corpúsculos. El impetu de mi cariño soñaba sacrificios que abrían leyendas mágicas ante asombros verdaderos de los corazones que florecían como el nuestro. Pórticos fabulosos se ahuecaban, irguiéndose, para que nuestra dicha pasara, y rodeando nuestra mansión barbacanas de olvido y fosos inmensos.

Oh! si las almas fueran como lagos, cuyas linfas buriladas por el pico de una golondrina se cierran sin dejar cicatriz! Para unir bordes contrarios en dos espíritus, no hay puente. ¡Ni la esperanza! Me digo: caer, subir eterna, infinitamente, alguna vez se chocará con hachones de cometas ó con maxilas de cumbres; pero creer, soñar en alivios cuando puñales hundidos nos encogen la faz, y la mano que ansiamos besar está ensangrentada! . . . ¡Mezquindades,

puñal, vileza! . . . ¡Qué ansia la de aplastar infames! Pero al fin . . . ¡Es una glorificación tal deseo!

Amada mía: ¿Olvidarán las almas? A tus pies mi cariño fué alfombra, velaron mis deseos tu pensamiento; y mis amores fueron cantándote al oído, atento y ávido. Encaminé tu espíritu á la belleza que olvido y perdón es, y cuando apenas columbrábamos torreones almenados, como ciudades ó iglesias dormidas en brumas de crepúsculos vespertinos, tu mano aflojó mi mano, y una gran melancolía inmovilizó tus miradas. Debía escribir después, y la punzante convicción de que tú ya no eras mía —invisible y tenaz me precedía,— como aire que al correr sopla el semblante.

Gemí, lloré; algo buscabas que no estaba en mí. Te arrullé entre celajes; abajo, huracanes de pantanos soplaban impiedades, y caíste: Ay, el tormento de reinas desnudas paseadas en plazas públicas, junto á mi dolor, es risa! Y con la confesión en los labios, á mis brazos retornaste, y te amaba con todo mi corazón y. . . estábamos separados para siempre! Fui bajel que, apenas viendo la bahía, furioso temporal le aguardó, temporal perpetuo, y que rotas sus anclas huyó para no estrellarse contra engrifados cantiles, á los torbellinos de alta mar.

¿El fango te dió sér y moriste por eso en los desiertos de mis rígidos principios de bondad, ó en desiertos naciste y por eso te atrajo la hedionda frescura de légamos? . . . ¿Yo acaso? . . . Cegóme la verdad, hundi las manos en las ondas de tu alma, y negruscos limos mordieron mis dedos. Mas te amé por imposible. Iba junto á ti como trino de ave que llora en bosque invisible por lejano. Pensé morir, porque, generalizando tu conducta, vi sobre todo miserias; el sol me parecía opaco y tenía el corazón lluvioso y obscuro, como noche de tempestad. Juzgué que muerta tú, al sol irían nuevos arrullos míos.

Y moriste. Punzante fatalidad siguió al deseo. Bajo la sábana mortuoria, tristemente asomaba tu cabellera, como cuervo en blanca estepa; los cirios erguían rígidamente las